

## **II.b. Sugerencias para la década del 70 en Educación Física**

CAGIGAL, J.M<sup>a</sup>. (1971), publicado en la revista:

*Citius, altius fortius*, Tomo XIII

Cuando el Secretario General del I.C.H.P.E.R. doctor TROESTER, me invitó a presentar este trabajo, inmediatamente decidí responderle que no podía aceptarlo. Dar direcciones para años futuros a un auditorio internacional me pareció tarea que rebasaba con mucho mi competencia y mis posibilidades. Debido a unas tareas urgentes que me ocupaban, dilaté la respuesta algunos días. Durante ellos di vueltas al tema propuesto; es un asunto que me apasiona personalmente por vocación y por profesión. En un instituto de educación física todavía casi recién nacido como el de Madrid, los planes, estructuraciones, trabajos, se centran precisamente en la próxima década. Ofrecer al congreso algunos resultados de nuestras reflexiones y nuestras inquietudes podría ser de alguna utilidad para quienes se debaten entre iguales o parecidos problemas. Y respondí al doctor TROESTER aceptando. Pero en vez de titular mi pequeño trabajo "Direcciones para la década del 70 en educación física" ruego acepten el encabezamiento "Algunas sugerencias para la década del 70 en educación física".

I. Para ceñir nuestras reflexiones a algunos puntos centrales y concretos entre la variadísima gama de temas que una denominación tan general como "educación física" ofrece, conviene tomar conciencia de algunos problemas conceptuales y profesionales.

1. El primer problema reside en la limitación terminológica y en la diversidad de entendimientos que esta expresión produce en diversos países y áreas culturales. Siendo idénticas las palabras, no entienden lo mismo la educación física el área cultural norteamericana y los distintos países de Europa Occidental. Los países de Europa Oriental hablan más de una "cultura física" o "cultural corporal" que de una educación física. Con respecto a los mismos componentes de la educación física, nos hallamos con realidades como la "gimnasia" entendida de diversa manera en Norteamérica y en Europa. Expresiones de tan singular significado como las inglesas "gymnastics", "educational gymnastics", las españolas "gimnasia educativa", "educación física de base", la francesa "educación psychocinétique", las alemanas "Leibeserziehung", "Leibesübungen", "Körpererziehung", "Körperkultur", "Gymnastik Turnen", etc., son como una ventana que nos muestra la extensa problemática que sólo esta babel terminológica plantea. Para unos educación física y deporte son términos cercanos, en parte coincidentes; para otros, entroncados en más estricta tradición gimnástica, la educación física es cosa esencialmente diversa del deporte. Esta vecindad o alejamiento con respecto a un hecho tan vasto y complejo como el deporte agranda las dimensiones del problema.

Las diferentes tendencias y concreciones de la educación física en el mundo nos aconsejan incorporar todo lo valioso que de una u otra concepción se pueda tomar. Un punto de partida legítimo es recurrir a lo que los mismos términos de la expresión

señalan. Educación física es todo tipo de educación del individuo y de la sociedad con especial atención a las capacidades físicas humanas. No es simplemente educar el organismo o el aparato locomotor. Tal organismo o aparato locomotor humano no puede ser objeto de educación, sino solamente de adiestramiento. El objeto y sujeto permanente de educación es el ser humano; una parte del individuo nunca se educa; sólo se adiestra. La educación recae en el individuo como tal, y para ello se puede hacer uso de parciales adiestramientos.

El objeto de la educación física es el hombre con sus posibilidades físicas de acción y expresión. El simple compuesto orgánico humano estáticamente considerado no parece objeto específico de la educación física, sino más bien de la fisiología o biología. La educación física debe atender al hombre físicamente capaz y físicamente expresivo. Por consiguiente, apunta fundamentalmente (aunque no exclusivamente) al hombre en movimiento. Naturalmente, la educación física también debe atender a la búsqueda de una condición orgánica sana en general, prescindiendo del ejercicio o del esfuerzo, pero ahí la educación física se confunde más con la higiene en general, la medicina preventiva, etc. La situación del hombre como sujeto de la educación física se concreta en el movimiento, en el esfuerzo orgánico; y, generalmente, para la búsqueda exclusiva de una buena condición orgánica, la educación física usa como instrumento humano el propio hombre en movimiento, en situación de esfuerzo. La ciencia de la educación física casi podría coincidir con una ciencia del hombre en movimiento. Por ello parece muy acertada la denominación de *kinantropología* propuesta por el Instituto de Educación Física de la Universidad de Lieja como la concepción más cercana a lo que buscamos como base científica a una educación física rigurosamente centrada e identificada.

2. Las respectivas historias contemporáneas han condicionado de manera distinta la evolución de esta parcela educativa en cada país o en cada una de las áreas culturales. En algunos lugares la educación física es admitida como importante tarea docente. Los cuadros de especialistas reciben la misma consideración que otros profesores de materias clásicas. Por el contrario, en otros ámbitos, la educación física es subestimada con respecto a otras enseñanzas; sus estructuras docentes están poco desarrolladas.

3. Otro problema bastante generalizado es la disconformidad entre el papel ("rol") que en la mayor parte de los países la sociedad atribuye al profesor de educación física y la conciencia que éste tiene de sí mismo, de su responsabilidad dentro de la acción general educativa, y en resumidas cuentas, de su categoría social. A. SHEEDY ha planteado este problema, aplicable en general a la profesión docente pero agudizado en el campo de la educación física, en un trabajo presentado en la conferencia internacional que, bajo el patrocinio de la AIESEP (Asociación Internacional de Escuelas Superiores de Educación Física), tuvo lugar en Varsovia en septiembre de 1970, emitiendo algunas hipótesis para la posible solución de este problema. Para el objetivo de nuestro trabajo baste reseñar la muy generalizada existencia de esta tensión.

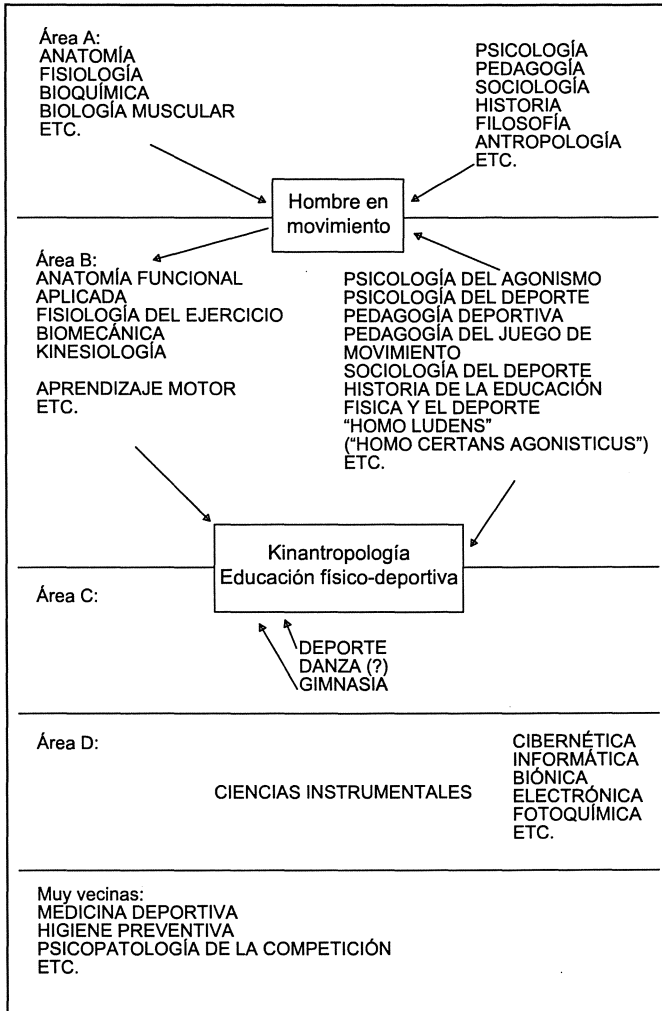


Figura 1

De esta diversidad de entendimiento y valoración de la educación física por parte de unos y otros países surgen, entre otras cosas, los distintos niveles de estudios y titulaciones de los especialistas. Desde el doctorado específico en educación física que imparten algunas universidades, pasando por los doctorados en filosofía, educación, ciencias, no específicos de educación física pero cuyos estudios, prácticas e investigaciones se realizan en facultades o institutos de educación física, por las titulaciones de rango superior pero sin encuadrar en una rigurosa terminología académica tales como la de "Profesor de Educación Física", existente en tantos países... hasta las

titulaciones menores de “Instructores”, “Monitores”, cuyo nivel no han rebasado todavía muchos países, nos topamos con la más variada gama de enseñanzas, exigencias y niveles en las instituciones creadas para formar los cuadros docentes.

4. A esta variedad e inconsistencia hay que añadir un problema creciente, sobre todo en las instituciones donde se forman los docentes de educación física a nivel universitario: la acumulación progresiva de materias y asignaturas.

Nadie duda de la importancia que para impartir una educación física competente tienen las ciencias de entronque biológico, tales como anatomía, fisiología, etc., que son, sin duda, las materias de más clásico prestigio en educación física. Por otro lado, se ha ido reconociendo la significación que para una educación física adecuada adquieren las ciencias pedagógicas en general, las ciencias de conocimiento de la conducta humana, como la psicología en sus variadísimos capítulos. La función eminentemente docente del educador físico exigió un entendimiento cultural y humanístico de su formación; se considera cada vez más importante el conocimiento y sobre todo el talento humanístico del futuro docente en educación física; por ello materias como filosofía, antropología, historia, arte, etc., van siendo incorporadas al “currículum”. La sociología y sus variados aspectos y técnicas se hacen cada vez más imprescindibles. A todo este amplio panorama añádase la concreción y progreso de ciertas ciencias específicas de la educación física, tales como la biomecánica (que algunos tienden a especificar en antro-po-bio-mecánica). Por otro lado, cada vez se hacen más necesarios conocimientos de ciertas ciencias auxiliares que, por su importancia para el rendimiento de trabajo, pasan a ser ciencias condicionantes, cuales son las entroncadas en el campo de la cibernética, la electrónica, etc. Junto a todo ello, subsiste el variado mundo de las diferentes técnicas deportivas, cuya identificación con la educación física se va haciendo patente, dada la trascendencia sociológica que ha adquirido el deporte en nuestro tiempo y los valores motivacionales que ello supone. Este aluvión de materias que se acumulan en el “currículum” del moderno especialista de educación física crea problemas de difícil solución: la dispersión de conocimientos, el detrimento en la profundización por la excesiva extensión, la interferencia del especialista de educación física en otros campos científicos con el consiguiente recelo de los otros especialistas; el aumento en la duración de los estudios. En el citado Simposio de Varsovia, el profesor Nicola KERULIC, de la Facultad de Educación Física de Belgrado, exponía que el término medio de la duración de los estudios en su facultad, principalmente debido a la densidad del “currículum” era de *siete* años, cuando teóricamente deberían durar cuatro. Los datos de esta institución y otras semejantes que se conocen vienen a ser reflejo de un problema ya muy generalizado.

De la constatación de esta vasta problemática específica de la educación física a la que es menester añadir los problemas más genéricos de la moderna ciencia aplicada y de la educación en general, se deduce la urgencia en reunir esfuerzos, intercambiar opiniones para centrar los objetivos de la educación física y acceder, en lo posible, a cierta homogeneidad de criterios de organización y acción. Para ello, el primer paso debe darse a nivel de teoría de las ciencias. Es menester fijar el objeto formal específico de esta ciencia aplicada que denominamos educación física, si es que existe, y al mismo tiempo del imitar su “corpus” científico y su metodología. Si somos capaces de fijar en alguna manera estas realidades, podremos hablar de objetivos a corto y largo plazo, de

programaciones, aun teniendo en cuenta la diversidad de circunstancias que en cada país han de condicionar la realización de tales programaciones. Habría que respetar la rica variedad de matices e incluso de objetivos concretos que tal diversidad de condicionamientos imponga; pero nunca la variedad debe derivarse de una confusión de principio, de una incomprensión básica de la ciencia que debe vertebrar nuestra tarea.

II. Una ciencia aplicada debe definirse fundamentalmente por sus objetivos de aplicación. Si repasamos la tarea que hoy realizan por el mundo los especialistas (con muy diversas titulaciones) en educación física, nos topamos con una amplia variedad de funciones:

- Participación en la enseñanza escolar en sus diversos grados (básica, media, superior, especializada, etc.).
- Preparación física para el deporte de alta competición.
- Colaboración al mantenimiento y mejora de la condición física dentro de clubs deportivos.
- Preparación y adiestramiento físico para ciertos trabajos especializados (gimnasia laboral, etc.).
- Reeduación de minusválidos.
- Reeduación y adaptación de subnormales.
- Rehabilitación en general.
- Mantenimiento de buena condición física en adultos (gimnasia voluntaria, etc.).
- Organización de actividades socio-deportivas, etc.

Si intentásemos fijar el constitutivo esencial de la educación física a partir de estas áreas facticias, es decir en razón directa de sus objetivos concretos, nos encontraríamos no con una sino con varias educaciones físicas. Hay no sólo gran distancia en el objetivo de unos ejercicios físicos o adaptaciones posturales aplicados a un buen adiestramiento de un escolar de primera enseñanza y un campeón deportivo, sino también disparidad en los procedimientos. Por ello, si creemos en una educación física no podemos definirla a partir directamente de sus variadas tareas, sino que hemos de buscar un algo común a todas estas tareas, anterior a ellas, soporte y alforja de todas y cada una. Si no lo encontráramos no podríamos hablar de una educación física. Sería ésta una expresión ficticia, artificial. Existiría una gama de educaciones a través de posturas o ejercicios físicos que no habría por qué agruparlas bajo una misma denominación.

Pero si analizamos el comportamiento esencial que subyace en todas y cada una de estas diversas tareas, nos encontramos con el *movimiento humano* como denominador común. Toda la realidad existente es movimiento si partimos de una consideración microcósmica; por ello el hombre, como cualquier otra realidad material, no existiría sin movimiento a nivel subatómico y a nivel de mera fisiología animal. Pero junto a este movimiento existe el movimiento específico humano, concretado en el juego de traslación temporal de todo o parte del aparato locomotor, regido cerebralmente o por arcos reflejos<sup>1</sup>. Este tipo de movimiento, que podemos denominar *humano* es el eje de todas las tareas que entran en juego para obtener cualquiera de los objetivos anteriormente citados: educación escolar, preparación físico-deportiva, rehabilitación, etc.

Hay un algo común, central, axial a todas estas tareas: el movimiento humano. Podremos hablar de una educación física si asentamos ésta en el movimiento humano. La vertiente científica de la educación física podría denominarse kinantropología. La educación física sería la aplicación de esta ciencia en el ámbito de las ciencias aplicadas educacionales.

¿Cabe otorgar una delimitación científica a esta kinantropología con respecto a otras ciencias?

El hombre en movimiento instaura una nueva realidad: El mismo en especiales condiciones. El esfuerzo, el trabajo orgánico le emplaza entre unas nuevas coordenadas. Han de buscarse nuevas situaciones homeostáticas, nuevas capacidades adaptadas a los esfuerzos que uno u otro estilo y necesidad de movimiento exijan. Así junto a una fisiología que parte del hombre normal y en reposo, la kinantropología aboca a una fisiología específica que puede llamarse “fisiología del ejercicio”, “fisiología del esfuerzo”. Igual sucede con las tradicionalmente denominadas ciencias biológicas que estudian al hombre, tales como las biológicas, anatomías, fisiologías y sus múltiples derivadas, las cuales ingresan en la problemática de la kinantropología a través de un nuevo prisma: el movimiento y el esfuerzo. En el centro de esta nueva apreciación biológica está la *biomecánica*, la cual pasa a ser en la nueva perspectiva de la kinantropología el centro específico de las ciencias de carácter biológico, y en cierta manera el objetivo al que abocan las citadas ciencias biológicas clásicas. Subsisten con gran importancia como ciencias auxiliares la bioquímica, biología molecular, etc., y como ciencias instrumentales, pero de creciente importancia metodológica, la cibernética con su inmensa aplicación al campo de la documentación e información (informática).

El otro gran campo de estudio del hombre en movimiento es el conjunto de ciencias que podríamos agrupar bajo la denominación común de humanísticas, dando a esta palabra una amplia acepción cultural y enfoque pedagógico. Psicología, filosofía, pedagogía, sociología, historia, antropología, incluso arte, derecho, política, etc., aportan temas directamente interesados en el suceso del hombre que se expresa en el movimiento. Los hábitos, modas e instituciones culturales que instaura el hombre expresándose en movimiento pueden ser objeto directo de nuestra ciencia específica.

Las mil variadas formas de realizar los objetivos que pretende el hombre con sus movimientos pueden polarizarse en dos grandes modos, distinguidos más bien por la actitud, el talante con que los acomete: el primero abarca los movimientos obligatorios, necesitados, utilitarios; el segundo los movimientos espontáneos, liberales, desinteresados. En la primera área se sitúa toda la historia antropológica guerrera, laboral; en la segunda las acciones de rango manifestativo espiritual. La kinantropología apunta directamente a esta segunda área.

En esta forma de espontánea expresión humana a través del movimiento surgen dos realidades antropológicas esenciales: *La danza y el juego físico-agonístico* (posteriormente comprendido como deporte). Estas dos son, por consiguiente, las formas culturales que van a encauzar, polarizar y en alguna manera especificar el ancho campo de las ciencias cultural-humanísticas para que ellas pasen a ser objeto específico de la kinantropología. La danza y el deporte son los dos grandes talentos en que se ha expresado culturalmente el hombre en primaria manifestación de movimiento. La

*kinantropología* (versión científica de nuestro tema), la *educación física* (versión pedagógica) deben tener como objetos centrales de investigación cultural la danza y el deporte. Como la danza, por una serie de condicionamientos históricos ingresó en áreas culturales apartadas del entendimiento moderno de la educación física, no es tarea fácil romper moldes ya muy solidificados y reivindicar con inmediatez para nuestros campos científicos este importante modo de la expresión humana móvil. Por ello, sin renunciar a la apertura mental que será menester intentar en propios y ajenos a la educación física con respecto a la danza, para estas líneas reflexivas que parten de situaciones actualmente vigentes, prescindamos de la danza. Meditaciones más profundas y planificaciones más solemnes nos deberán obligar a abordar de nuevo el tema.

Con el mismo sentido práctico de atender a lo actualmente vigente y en alguna manera hoy por hoy insoslayable, no se puede ignorar el importante papel que en la educación física moderna tuvieron los movimientos gimnásticos y el gran condicionamiento y vinculación que aún actualmente tienen entre sí las instituciones de educación física y las de gimnasia. Por ello, junto a la danza y el deporte como medios espontáneos de expresión humana por el movimiento, hemos de añadir la gimnasia en sus variadísimas formas como importante contribución al estudio del movimiento y como compendio histórico nada desdeñable de aplicación educativa. Así pues, dejando de lado la danza, los dos prismas cuyo paso y transformación han de aceptar las ciencias antropológico-humanísticas para que se conviertan en específicas de nuestra materia son el *deporte* o ejercicio ludo-competitivo y la *gimnasia* o conjunto de técnicas y métodos analíticos del movimiento. Encontraremos, entonces, como ciencias antropológico-humanísticas específicas de nuestro quehacer la psicología del deporte, la psicología del agonismo, la sociología del deporte, dinámica de grupos deportivos, la pedagogía deportiva, la historia de la educación física y el deporte, y, entrando ya en áreas antropológico-filosóficas, el “homo ludens” (el “homo agonisticus” o “anthropos agonistikos”) y, en una derivación sociológica del deporte de alta competición, el moderno “homo faber-competitivus”; el sugestivo campo del adiestramiento corporal estético, del aprendizaje motor en general; finalmente, cualquiera de las ciencias dirigidas al esclarecimiento humano y al rendimiento en cualquier modalidad deportiva (baloncesto, fútbol, natación, atletismo, tenis, etc., etc.).

Grupo aparte formarían los campos de investigación abiertos por las diversas técnicas deportivas y gimnásticas; pero estos campos, dirigidos en general hacia altos rendimientos deportivos y progresivas exigencias estilísticas, vienen a delimitar y casi a confundirse con las áreas biomecánica y bioquímica del esfuerzo; y en otro orden de consideración entran en el campo de la psicología.

Naturalmente, el perfeccionamiento de todo instrumento redundará en la mejora del deporte y, en nuestro caso, de la investigación y de la ciencia. Por ello puede ser aceptado dentro del progreso general de la educación física el ingreso en campos científicos que, considerados desde la óptica de la kinantropología pueden servir de ciencias instrumentales, aun cuando en su propio ámbito sean consideradas plenamente ciencias autónomas. Dentro de este grupo puede ser considerada la amplia gama de la cibernética y sus derivadas; dentro de ellas, con sus singulares características, la informática, la biónica, etc. Cualquier investigación de psicología del esfuerzo, de biomecánica, etc.,

exige acopio de datos, correlaciones, operaciones matemáticas, cuyo manejo funcional requiere cada vez más aportación de las citadas ciencias.

Aceptemos igualmente con este carácter de ciencias auxiliares la radiología, el ancho campo de la electrónica, la fotoquímica y, en general, todo tipo de ciencias basadas en perfeccionamiento técnico e instrumental.

La investigación en todos estos campos, con más o menos directa aplicación a las materias que componen la educación física, puede ser enormemente provechosa, pero sin que, desde nuestros objetivos y necesidades, olvidemos su condición de instrumentales.

Quedan, pues, delimitadas cuatro grandes áreas científicas. Dos de ellas (áreas B y C en el cuadro adjunto) específicas de la kinantropología. El área A recoge los dos grandes grupos de ciencias que en alguna manera podrían considerarse madres de nuestra kinantropología o educación física, ya que son las que estudian al hombre a partir de dos talentos o actitudes más o menos marcadas, la biológica y la humanística. El área B, netamente específica, conserva la dicotomía de los grupos biológico y humanístico como derivada, en alguna manera, de sus ciencias madres, y constituye ya nuestra ciencia específica. El área C señala los campos también específicos de nuestra ciencia en relación con las formas directas del movimiento humano, del deporte principalmente, y en segundo lugar en relación con la moderna tradición gimnástica. En esta área pueden hallarse enormes variedades de campos de investigación en función de la gran diversidad de modos y técnicas deportivas y gimnásticas. En una exigencia lógica de rigor antropológico y superando esquemas, estereotipos y artificiales tradiciones, entraría también en esta área la danza con sus variados aspectos y derivaciones.

Existe una zona científica, de materias que hoy se agrupan alrededor de lo que se entiende por medicina deportiva, de tan estrecha vecindad con el campo de la kinantropología en sus aspectos biológicos que muchas veces se entreverán con ella sin poder fijar lindes, pero no son propiamente kinantropología puesto que estudian al hombre traspasado por el prisma patológico, o con disarmonía de rendimientos, o en previsión de tales patologías y disarmonías. La higiene preventiva, el variado mundo de ortopedias profilácticas, la psicopatología de la competición, incluso la clásicamente llamada gimnasia correctiva y otras materias afines ocupan el área de las que podríamos denominar "ciencias muy vecinas".

La diversificación entre las áreas A y B, insistimos, es el movimiento humano tal cual lo hemos definido. Pero como la existencia, por ejemplo, de una fisiología del esfuerzo o del ejercicio puede ser también relativa al ejercicio o esfuerzo en el trabajo obligatorio, lo que diversifica el área B con respecto al área A es el movimiento humano surgido en el ámbito del área C, es decir el movimiento espontáneo, liberal, como ya se ha apuntado anteriormente, con todas sus consecuencias sociológicas, antropológicas y culturales. Por consiguiente, una fisiología del ejercicio realizada en el mundo laboral no es materia científica propia de nuestra kinantropología.

Esta fijación del distintivo científico de la kinantropología, la cual da pie a su vez a una ciencia aplicada específica, la educación física, puede liberarnos del confusionismo producido por sus muy variados objetivos prácticos. Es muy diversa, en efecto, la técnica aplicable en una clase de educación física dentro de una escuela de enseñanza básica y la



preparación física de un atleta destacado. Pero ambas se basan en el hecho del movimiento humano espontáneo. Esta característica distintiva delimita el fundamento propio de todas estas tareas, agrupando todas ellas alrededor de un objeto formal propio, el cual es el principio de una delimitación científica. A partir de aquí se puede ya hablar de una educación física en singular, aun cuando ésta tenga pluralidad de aplicaciones.

Como segundo paso para poder hablar de una ciencia está la descripción del “corpus” científico. Es tarea sugestiva y –estoy convencido– de indudable éxito si se parte de esta especificación de objeto que hemos fijado; pero es trabajo arduo que rebasa con mucho los límites de estas sugerencias y al que invito a los especialistas.

La metodología específica es ya asunto más problemático. En clásica teoría de las ciencias se considera una de las condiciones indispensables la existencia de método propio de investigación para poder hablar de una ciencia. Tal tesis es, sin duda, válida en todo tipo de ciencias que se formen como producto de las exigencias de la especialización, es decir en toda ciencia desgajada como consecuencia del crecimiento, divisiones y subdivisiones a partir de una ciencia madre. Hasta que no surge con clara delimitación un método propio que la distingue de las otras ciencias afines igualmente provenientes del mismo tronco y que las distingue a su vez de la ciencia madre, no se puede hablar de nueva ciencia. Pero nuestro caso es laboriosamente singular. La educación física no es una ciencia hija surgida al modo cariocinético de otra ciencia madre más amplia. Es como la convergencia de problemas, tareas más o menos similares surgidas en ámbitos humanos diversos y que la intuición popular los ha ido agrupando bajo una denominación común. Algunos la han llamado ciencia transversal (C. DIEM) porque participa de problemática de otras muy diversas y sólidas ciencias sin estar verdaderamente identificada con ellas. La educación física tiene mucho que ver con la anatomía, la fisiología, la pedagogía, la psicología, la sociología, etc., pero no es propiamente alguna de ellas. Por su objeto puede diversificarse perfectamente de ellas. Pero, ¿puede igualmente decirse que tenga un método homogéneo y diverso del de cada una? Esto es ya mucho más difícil de afirmar; la educación física en términos de problemática fisiológica participa de métodos fisiológicos, en investigaciones y problemáticas sociológicas usa método sociológico. ¿Debemos, por ello, afirmar que no es una ciencia o que no se asienta sobre una ciencia específica (la kinantropología)? El volumen de su “corpus” científico es enorme, incluso superior al de cualquiera de las citadas y afamadas ciencias. Habría que aceptar las sugerencias hechas por algunos filósofos de la ciencia de que sean revisados algunos de los tópicos sobre los que se asienta la tradicional teoría de las ciencias. Puede ser interesante la sugerencia de incorporación suficiente a la categoría de ciencia de aquel conjunto de conocimientos con objeto propio que, aunque no pueda ofrecer una metodología estricta, presente un importante y bien fijado problema científico fundamental es decir allí donde está “claramente diferenciada su problemática específica de todas las demás ramas científicas” (VAUPEL).

**III.** Esta designación del hombre en movimiento como distintivo de nuestra ciencia y, consecuentemente, como punto de partida para nuestra acción pedagógica puede parecer una verdad de perogrullo; y en alguna manera lo es. Hay, sin embargo, quienes lo discuten. A veces la verdades gruesas necesitan ser demostradas. Esta fijación nos

permite abordar las múltiples tareas, responder a las crecientes demandas, entender las complejas implicaciones con cierta unidad de criterio. No importan ya tanto la disparidad de condiciones en que se desenvuelve y crece la educación física por el mundo cuando se tiene un punto común de partida y un centro referencial al que poder acudir para toda reestructuración y planificación.

El hombre en movimiento puede ser considerado a todos los niveles, desde el atomístico pasando por el anatómico-fisiológico hasta el de personalidad global, el social e incluso el socio-histórico-cultural. La kinantropología debe estar atenta a estas tan diversas realidades. Por consiguiente, la vertiente aplicada (educativa) de esta ciencia tiene una inmensa gama de posibilidades de acción, de instrumentos para su tarea, ya que dispone de todos esos niveles para su ejercicio educativo.

Centrados ya en la proyección educativa de nuestra ciencia, es decir situados en la postura práctica de la educación física, procede recordar en primer lugar, si se plantea para un futuro, la problemática general de la educación:

¿Cuáles son los fines y objetivos de la educación?

¿Para qué orden social se ha de educar?

¿Cuál es su contenido?

¿Cuáles son los métodos, instrumentos para transmitir dichos contenidos?

La respuesta a la primera pregunta está en función de una filosofía de la vida. La respuesta a la segunda, en función de una concepción socio-política. Las otras dos son consecuencias de las primeras.

Indudablemente las muy diversas y a veces encontradas concepciones filosóficas y sociales coinciden en que educar es ayudar al individuo al correcto desarrollo de sus capacidades personales y a su integración social. Coinciden, asimismo, en que en el centro de todo ello está el desarrollo y uso de la libertad personal.

Si deseamos, pues, ofrecer sugerencias aptas para distintas filosofías de la vida y distintas convicciones socio-políticas, debemos ceñir nuestra reflexión alrededor de ciertos hechos universales y característicos de nuestro tiempo. Ayudar al individuo a enfrentarse con estas universales realidades es prepararle para su vida futura; es educarle.

Educación física, ciencia aplicada de la kinantropología, es el proceso o sistema de ayudar al individuo en el correcto desarrollo de sus posibilidades personales y de relación social *con especial atención a sus capacidades físicas de movimiento y expresión*.

Entre las muchas formas de realizar esta tarea, han surgido en nuestro mundo con características de ininterrumpido incremento ciertas realidades que sitúan al hombre ante nuevas posibilidades de expresarse físicamente, y que otorgan al movimiento físico humano nuevas significaciones. Nos referimos, en primer lugar, al advenimiento del ocio. En segundo lugar a ese complejo *medio ambiente* en el que el hombre de la sociedad industrializada se halla cada vez más inmerso y que puede ser definido por un conjunto de substantivaciones de gran prestigio en el mundo actual: consumo, sociedad de masas, vida "standard", alienación.

Prescindiendo aquí de discusiones metodológicas, de enfrentamientos de escuelas de educación física, temas apasionantes siempre que se quiera plantear un progreso de la educación física y que dejamos para los tratadistas específicos de estos niveles metodológicos, prosigamos nuestra reflexión situados a nivel socio-antropológico; de ella, si llega a tener alguna sustancia, se podrán extraer posteriormente las consecuencias “escolásticas” que se crean oportunas.

Mucho se ha hablado ya del ocio, aunque de él, como hecho central social, se tenga conciencia hace solamente pocos años. Su trascendencia para la vida humana es tal, que esta coincidencia de preocupaciones no es un tópico banal, sino lógica consecuencia, de una importante realidad de nuestro mundo.

Demos por asentado lo que es el ocio recordando con DUMAZEDIER que es todo aquello que:

- no es trabajo profesional ni obligación laboral,
- ni ocupaciones con las que buscar complementos económicos,
- ni responsabilidad familiar ni ocupación doméstica ineludible,
- ni actividad necesaria de conservación (comida, sueño, aseo, etc.),
- ni ceremonial social o familiar establecido y aceptado...

Pintura, música, escultura, coleccionismo, deporte, lectura, tertulias, aficiones manuales domésticas (“bricolage”), excursionismo, teatro, mimo, aficiones personales, “hobbies”, etc. Parece que la vida entera cabe en el ocio. En efecto, prácticamente todas las actividades humanas caben en el ocio. Pero para que ellas sean ocio necesitan partir de una actitud. Ese talante, actitud o disposición que, si no fuese por su viejo desprestigio significativo, calificaríamos con el adjetivo de *ocioso*, es lo que constituye el sustantivo *ocio*.

Frente a la antigua acepción del ocio, predominantemente inactividad o cesación del trabajo, en este siglo ya los diccionarios aceptan el moderno entendimiento activo. Ocio puede ser no hacer nada, simplemente reposar; pero puede ser cualquier tipo de actividad que se realice con la actitud anteriormente señalada. A este segundo modo ocioso se refiere la feliz y sugerente expresión “civilización del ocio” (DUMAZEDIER).

Si el ocio se entiende como la vida del hombre distinta del trabajo obligatorio, es muy importante constatar el crecimiento progresivo del tiempo de ocio que se va experimentando en todas las sociedades económicamente avanzadas o en franca iniciación de expansión económica, y el pronóstico netamente favorable hacia su incremento. H. KAHN y A.J. WIENER, en su sugestiva y nada caprichosa obra “El año 2000”<sup>2</sup>, prevén para dicho año en las sociedades posindustriales un pronóstico cifrado más o menos según el siguiente patrón:

- 7,5 horas de trabajo al día.
- 4 días de trabajo por semana.
- 39 semanas de trabajo al año.
- 10 festividades oficiales.
- 3 días de vacaciones de fin de semana.

13 semanas de vacaciones al año.

Es decir: 147 días laborales y 218 días de descanso al año.

Prosiguen: En una sociedad orientada al ocio, el tiempo puede distribuirse:

El 40% de los días en una ocupación principal.

El 40% de los días en una ocupación accesoria o distracción.

El 20% (es decir más de un día por semana) en ninguna ocupación, es decir descansando simplemente.

“Sería posible dedicarse a una ocupación accesoria con tanta intensidad como a la principal, y aún habría tiempo para satisfacer otros fines”.

A estos datos –hipotéticos pero sólidamente pronosticados– hay que añadir la reducción de los años de trabajo por el adelanto de las jubilaciones, etc. Con lo cual el hombre llegará a pasar aproximadamente la mitad de su vida en disposición de completo o semicompleto ocio y la otra mitad dividida en los años de estudios y aprendizajes y en los años de trabajo, los cuales a su vez consistirán en una tercera parte de jornadas laborales.

No todos los sociólogos coinciden en este pronóstico netamente favorable al incremento del tiempo de ocio (GONZALEZ SEARA); pero en general los argumentos de quienes lo pronostican son más convincentes y en las sociedades de progresiva industrialización actual, por ahora el proceso de acortamiento de semana y jornada laboral les va dando la razón.

En una época de progresivo sedentarismo, de asunción del esfuerzo físico humano por la máquina, el vehículo, el “ingenio”..., el movimiento, el ejercicio físico se presenta como necesidad cada vez más acuciante, como el gran reflejo equilibrador del hombre.

Nos encontramos, pues, con un tiempo libre creciente (sin llegar a las previsiones para el año 2000 para dentro de diez o quince años el incremento habrá sido muy considerable) y, dentro de la libre dedicación humana, con el movimiento físico como una necesidad cada vez más perentoria. Por consiguiente, al especialista en el movimiento físico le espera una tarea creciente y cada vez más protagonizadora.

Cuáles hayan de ser las fórmulas concretas para responder a esta demanda es ya tema marcadamente técnico que sale de la presente reflexión. La educación física es primordialmente una tarea educativa; por lo tanto tiene mucho que ver con el mundo escolar. Pero si nos fijamos en sus estructuras actuales en muchos países, uno de los embarazos que más le impiden su progreso y su atención a nuevas realidades es su excesiva “escolarización”. En muchos lugares educación física equivale simplemente a unas clases en los centros de enseñanza, es decir a la adición en los programas escolares de unas clases más junto a la geografía, matemáticas, literatura, etc. La educación física no es simplemente una asignatura, es uno de los aspectos generales de la educación, la que atiende precisamente al modo como el hombre se comporta en su primer diálogo con el mundo, por medio de sus capacidades físicas a través de las coordenadas espacio-tiempo. Conseguir que en los superintelectualizados programas escolares, sobre todo de la tradicional cultura occidental, fuese introducida una asignatura de educación física fue un buen triunfo. Pero la educación física es mucho más que eso, y sería una pena

embarrancar en estos logros sin capacidad para crear nuestras estructuras, nuevos modos de entender la acción educativa a través del movimiento, nuevos especialistas preparados para responder a los requerimientos de una sociedad progresivamente ociosa, compuesta de hombres cada vez más necesitados de movimiento.

La educación física sin perder su trascendental acción escolar, incluso mejorándola, debe atender, inspirar hechos sociológicos, tales como colonias veraniegas, intercambios juveniles, residencias de jubilados, clubs “tiempo libre”... y otros muchos movimientos e instituciones distintivos de nuestra época.

Las substantivaciones anteriormente citadas, tales como industrialización, mecanización, sociedad de masas, estandarización, etc., muy significativas de nuestra época, sugieren gran amplitud de horizontes para la nueva sociedad, abren perspectivas, inauguran estructuras. En medio de todo ello está el hombre, para quien serán los provechos pero que ha de pagar también ciertos tributos a todo ello.

Por ejemplo, la ciencia y la eficiencia industrial han avanzado inmensamente merced a la especialización; pero ésta ha traído al hombre peligrosas secuelas, entre las que puede contarse la mutilación psicológica. Un obrero ajusta un mismo tipo de tornillo 1.500 veces al día. Al cabo de un mes ha ajustado 40.000 tornillos. Pasa años realizando el mismo gesto laboral. Si, después de su trabajo, no se repone de esa perseverancia gestual y estrechamente mental con algún tipo de actividad cultural, imaginativa, física, al cabo del tiempo quedará mutilado psicológicamente. El hombre ha llegado a la luna –¡maravilla de la organización técnica!– pero las ciudades de la tierra están repletas de personalidades mutiladas. Y ello no es exclusivo del obrero industrial. La mecanógrafa que copia páginas y páginas como una autómatas sin percatarse muchas veces de lo que escribe, pero sin cometer errores; el paradójicamente llamado “sabio” que pasa semanas, meses, años produciendo en su laboratorio un mismo ensayo de bombardeos electrónicos, avanzan igualmente hacia la mutilación psicológica. Por ello el hombre necesita actividades en las que ponga en juego los recursos normales y variados de la personalidad, donde haya de discurrir algo, y a la vez ejecute algo no automatizado, solucione dificultades, planee, fracase o triunfe.

Junto al concepto sociedad de masas está el suceso psicológico de la manifestación del individuo, consistente principalmente en la falta de sensación de individualidad. Al antiguo artesano, que elaboraba su sencilla obra de principio a fin y sentía al final el disfrute psicológico de haberla realizado ha sustituido el obrero de nuestro mundo industrializado, que trabaja igualmente pero que al final se ve privado de esa fruición de su propia obra realizada. Sabe que contribuye a una producción colectiva, lo cual supone un progreso psicosocial, pero esta satisfacción de colaborar en una tarea común no le libera del vacío en el que le sumerge el anonimato de su esfuerzo, de su trabajo, de su obra. La falta de protagonismo tiende a sustituir en él la sensación de persona por la sensación de número o de pieza; sabe, en la mayor parte de los casos, que un buen día su trabajo personal podrá ser sustituido por el trabajo de una máquina.

Junto a esta despersonalización laboral sobreviene la estandarización incluso en la diversión, en el entrenamiento. Los poderosos medios de difusión masifican los módulos de diversión, y a las antiguas formas de expresión popular, concretadas en danzas típicas,

singulares, distintivas de un grupo social, van sustituyendo las formas de expresión individual y colectiva generalizadas; esto puede abrir indudablemente nuevos caminos de comunicación, pero deja grandes vacíos en la personal y colectiva satisfacción popular.

Ésta y otras secuelas, especie de contribución que al hombre le va tocando pagar a medida que le es dado conquistar nuevos campos científicos, lograr sorprendentes realizaciones industriales, deben ser especialmente estudiadas y conocidas por los educadores que preparan al hombre de un próximo futuro. A ellos les toca suministrar los nuevos elementos psicológicos que los imprevistos desgastes requieren. Unos sistemas educativos aptos para las épocas que han dado en llamarse civilizaciones “medias” no sirven íntegramente para el hombre cósmico de nuestro futuro, aun cuando ciertos valores en lo fundamental sean permanentemente aptos. Las estructuras educativas que no evolucionan son como organismos muertos que, al correr del tiempo, se corrompen y dañan.

En la búsqueda de remedios específicos para estas condiciones humanas que acabamos de reseñar aparece con singular virtud un hecho que por su familiaridad y asiduidad no solemos analizar con suficiente asombro: el deporte.

Rodea éste nuestra vida contemporánea, llena nuestras ciudades en las jornadas de asueto, polariza la atención de aficionados y no aficionados inundando los medios informativos; vivimos casi anegados en deporte. Ello produce lógica reacción de crítica y rechazo. En medio de este apasionamiento de partidarios y detractores, al educador físico le compete más que a nadie estudiar el hecho, clarificar situaciones, proponer normas. No se puede olvidar que el deporte nace como una de las manifestaciones elementales del hombre a través de su propio movimiento natural. El antropólogo de los movimientos es quien debe asumir la tarea de estudiar este suceso y sus derivaciones, y el pedagogo del movimiento la de orientar a los demás.

Sucedió que la educación física surgió en el mundo contemporáneo como una derivación o normal crecimiento de los movimientos gimnásticos. Estas gimnasias que substancialmente consisten en estudio y prácticas analíticas del movimiento y de las posturas, se habían desarrollado al margen del brote del deporte moderno, que casi con coincidencia de fechas iba a iniciar su internacionalización a partir fundamentalmente de esquemas británicos. Sucedió que el deporte, merced a su intrínseca espectacularidad y merced a otros factores socio-antropológicos –entre ellas “la restricción de movimiento impuesta al hombre por el tecnicismo” (C. DIEM)– comenzó a conocer un éxito sin precedentes; llegó el nacimiento de federaciones internacionales y la aparición de estructuras supranacionales cuya fuerza ha ido creciendo. Este prestigio fue descubierto por personas influyentes ajenas a la profesión educativa (industriales, comerciantes, hombres de negocios, políticos, etc.) los cuales se introdujeron en las filas directivas del deporte nacional e internacional. Por ello el deporte tomó direcciones imprevistas con crecientes implicaciones económicas, políticas, etcétera. El educador físico, a quien el pueblo con certera y fina intuición tendía a identificar con el hecho deportivo, se apresuró a decir que él no tenía nada que ver con ese deporte desmesurado. Parcialmente tenía razón; pero, sin querer, los educadores físicos se alejaron de la más voluminosa parcela derivada del movimiento humano. Un afán de repulsa a la contaminación les hizo perder

terreno en el ámbito donde podían haber encontrado las mayores motivaciones hacia las prácticas de la educación física por parte de la juventud.

Hoy el deporte se bifurca en dos grandes vertientes: el espectáculo deportivo, y la sencilla práctica individual o de pequeño grupo. Son dos realidades humanas dispares, dos actitudes diversas. Pero sociológicamente no pueden separarse tajantemente una de otra. Hoy una de las más fuertes motivaciones para que un niño se aficiona al deporte es la imagen de los grandes campeones que ve asiduamente en la televisión. Después de que se aficiona, tiempo tendrá el educador para descubrirle los otros valores del deporte.

Es menester apoyar los enfoques educativo-deportivos que se integran en movimientos como “el segundo camino del deporte”, «el deporte-para-todos», etc. Pero es peligroso, en una sociedad espectacularizada y movida por sensacionalismo, enfrentarse radicalmente al deporte espectacular instaurado en medio de la sociedad, discutido y denigrado en muchos casos, pero lleno de elemental prestigio. En el fondo es una variante social, gigantesca si se quiere, del simple hecho humano de la competición lúdica en forma de ejercicio físico.

Toda esta evolución y controversia ha impedido contemplar con serenidad los sorprendentes valores que el deporte entraña precisamente en función de los estragos humanos de la sociedad contemporánea a que nos hemos referido.

La práctica deportiva se le ofrece al hombre dotada de aquella complejidad y a la vez sencillez de actividades que necesita realizar para que se pongan en juego los recursos normales y variados de su personalidad, a lo que aludíamos anteriormente. La puesta a punto de un equipo, el ingreso en un campeonato o la realización de una excursión exigen planear, prevenir, imaginar... y luego ejecutar, dirigir, resolver dificultades, encontrar adversarios, triunfar, ser derrotado... Actividad múltiple donde entran en juego los resortes ordinarios de toda personalidad. La simple jugada en un partido. con la velocidad de elección y ejecución entre varias posibilidades. adquiere visos de artesanía. Si los grandes adelantos que nos ha proporcionado la moderna industria han traído de rechazo la mutilación del “homo faber”, es lógico que éste, sin percatarse de cómo ni por qué, busque la defensa de su integridad en el “homo ludens”. Desaparece la artesanía mercantil; se hace más perentoria la artesanía lúdica. En el hombre siempre debe existir un artífice.

En cada jugada hay algo de creación. Con un balón en el pie o en la mano, un jugador, por muy estudiadas y automatizadas que se tengan las jugadas colectivas, ha de elegir rápidamente entre varias posibilidades (retener, pasar, correr, lanzar, driblar). Por esto en la práctica del deporte el individuo recobra cierta sensación de señorío, de mando, cuya general ausencia en su dilatada vida laboral tantos microtraumas psicológicos puede causarle.

Frente al anonimato derivado de la masificación, el hombre en la práctica deportiva puede encontrar la sensación de actor, de protagonista, siquiera sea en la simplicidad de la efímera figura deportiva que realiza. Muchas dosis de ansiedad y rebeldía acumuladas como consecuencia de la despersonalización de la vida moderna, latentes y dispuestas a configurarse en inadaptaciones o psicopatías, pueden encontrar cauce de solución, de

compensación en esa sencilla protagonización deportiva, generalmente desapercibida, pero cargada de posibilidades regeneradoras de la personalidad.

Frente a la pasividad en un mundo de gestión física cada vez más estereotipada y de ideas-tipo cada vez más estandarizadas, el hombre necesita sensación de iniciativa. En la excursión deportiva, en la jugada, en el “demarrage” del sprint, en todo deporte no excesivamente tecnificado (precisamente el deporte más recreativo) existen ingentes posibilidades de ejercer pequeñas pero rotundas, oxigenadoras iniciativas.

Con estas reflexiones no se pretende encumbrar al deporte como si fuera la panacea educativa de nuestro tiempo. No existen panaceas y todos los recursos y valores educativos están en función de su aplicación, del ambiente y circunstancias. Pero indudablemente, el éxito, la explosión del deporte con temporáneo tenía que obedecer a algo intrínseco que la humanidad intuitivamente (acaso instintivamente) descubre y acapara. Al sociólogo, al antropólogo, al educador toca analizar y descubrir esas secretas realidades intrínsecas, esas fuerzas latentes, hacerlas conscientes, depurándolas, y planificar consecuentemente objetivos y tareas.

Entre el deporte y la educación física han existido enfrentamientos. El deporte creó sus estructuras aparte; en su seno surgieron sus propios técnicos, ajenos casi siempre a una visión educativa. Los educadores físicos, lógicamente, alegaron que nada tenían que ver con esos cuadros. Con ello dejaron las principales estructuras del deporte en manos “educativamente” incompetentes. Después, aceptando la evidencia, incorporaron a sus enseñanzas las prácticas deportivas, pero quedaban fundamentalmente al margen del deporte organizado .

La sugerencia principal que me atrevo a ofrecer como consecuencia de estas últimas reflexiones es que el educador físico refuerce su propio convencimiento acerca de los valores pedagógicos del deporte y en concreto de ciertas calidades que hacen a éste especialmente apto para el tratamiento del hombre de nuestro tiempo. Consecuentemente, que las estructuras docentes de la educación física y sus planes de acción se abran más al deporte. Debe resaltarse con todo tipo de propaganda las excelencias del deporte-práctica, de ese “segundo camino” que es donde verdaderamente residen los citados valores. Pero conviene no olvidar que el deporte, como abstracción de una importante realidad humana, no es más que uno: ejercicio en forma ludo-competitiva; que las desmesuras espectaculares, las grandes estructuras, los grandes campeonatos, son derivaciones de esa original realidad humana; por consiguiente, al educador físico, aunque haya creído lo contrario, también el deporte espectacular que incorrectamente llamamos no-educativo le toca bastante de cerca.

A los educadores nos interesa mejorar al hombre, mejorar la sociedad. La educación física aporta una interesante contribución a esta tarea. Su cercanía a la naturaleza del hombre, a la naturaleza en general, la hacen especialmente idónea para el futuro supertecnificado que se nos avecina. No hay por qué ser enemigos de la técnica, de la industrialización, del maquinismo. Quizá sean procesos irreversibles que haya que aceptar. La postura positiva es buscar la mejor adaptación humana posible a este nuevo mundo. Sociólogos, naturalistas y dirigentes políticos se aúnan para defender el medio ambiente, la naturaleza que rodea al hombre, para eliminar la polución de aire, agua, los



más naturales y abundantes elementos con que el hombre ha contado en la historia. El educador físico puede asociarse a estos movimientos. Pero tiene una tarea más específica: Hacer que el hombre se reencuentre a sí mismo, recuperar muchos valores y resonancias de su propia naturaleza merced al movimiento. En este reencuentro hay grandes dosis de salud física. Pero hay, sobre todo, una gran cantera de salud mental. Deporte, danza, ejercicio en general y, a ser posible, en contacto con la vieja y virgen naturaleza. El movimiento es al hombre tecnificado lo que al pájaro la libertad después de la jaula. El hombre sedentarizado, sin movimiento, es la materialización de la materia humana. El hombre en movimiento puede significar la desmaterialización de su propia materia, su espiritualización. El sedentarismo es el cáncer de la sociedad mecanizada. Para eliminar un cáncer no hay que destruir el organismo entero; hay que extirpar, purificar y abastecer con energías específicas. El suministro específico frente al tecnicismo sedentarizado es el movimiento. Al educador físico le toca una trascendental tarea para el futuro. Sería una lástima que, impedido por estructuras rutinarias, no supiese estar a la altura de las circunstancias.

La acción de educar tiene una triple proyección:

- Hacer vivir ya en el propio período de la educación la vida que se pretende.
- Hacer que esa vida se estructure en hábitos comportamentales para el futuro.
- Lograr un convencimiento mental de la bondad de esos hábitos.

Si falta cualquiera de estos tres ingredientes la educación es incompleta. Si falta el primero, se comete la injusticia de privar al niño o al adolescente de los derechos de su vida presente. Si falta el segundo, la educación carece de dinamismo operante. Si falta el tercero, se rompe la unidad operativa del hombre en el que las ideas deben regir su comportamiento.

La educación física debe hacer que el educando se mueva, corra, salte, lance, dispute, esquive... todo ello, sí, correctamente, con buena coordinación, con ejercicios bien estructurados. Pero, aun con todo ello, no será verdaderamente educación si no consigue que sea ejecutado con fruición, con deleite, gusto, gana, placer, ánimo. Sólo mediante esto, además de conseguir que viva con plenitud el presente, se crearán verdaderos hábitos para el futuro. Y la inteligencia comprenderá que si el hombre –ser necesitado de movimiento– se mueve, hace una cosa bien hecha.

Por ello los movimientos naturales, espontáneos, sin artificios ni opresores estereotipos son los más aptos para motivar a una sana, liberadora, oxigenante educación física, adecuada al tiempo que se nos avecina.

---

<sup>1</sup> El movimiento intracerebral en forma de conexiones, transmisiones, “sinapsis”, necesario para toda acción del hombre, incluso para el ejercicio del pensamiento, no es considerado como el específico movimiento físico del que hablamos.

<sup>2</sup> H. Kahn y A. J. Wiener, El año 2000. Un marco para la especulación sobre los próximos 33 años. Madrid, 1969.